La Alhambra que fascinó a los románticos
VIÑES MILLET, Cristina
Granada, Tinta Blanca editor, 2007, 223 págs. (prólogo de José-Carlos Mainer)

En las aproximaciones a la Alhambra romántica han dominado las que de una u otra manera siguen la mirada de los viajeros románticos. Los escritos sobre Granada de Washington Irving, David Inglis, Richard Ford o Teophile Gautier fueron objeto de tempranas aproximaciones monográficas, pero la primera publicación de conjunto la hizo Cristina Viñes con su *Granada en los libros de viaje* publicado en 1982. Ese mismo año editaba *La Alhambra de Granada, tres siglos de historia*, donde hacía una acercamiento a la ciudadela en la Edad Moderna, la más descuidada por la historiografía.

Desde aquellas aportaciones pioneras otros historiadores se han aproximado a estos temas dando a la luz trabajos muy diversos: *El palacio encantando. La Alhambra en el arte británico* (1990) en el que Tonia Raquejo desvela la gestación de la estética neonazarí; *La imagen romántica de la Alhambra* (1993) en el que Pedro Galera aborda los grabados; análisis globales de la literatura romántica sobre Andalucía (Blanca Krauel, Ana Clara Guerrero, Elena Echeverría…) o numerosas traducciones que como las de María Antonia López-Burgos han hecho accesibles o descubierto libros de viajes poco conocidos. No ha permanecido tampoco ociosa Cristina Viñes, que ha publicado sobre la materia numerosos artículos y colaboraciones en obras colectivas.

En su nuevo libro, Cristina Viñes entiende por romanticismo un estado de ánimo y una fascinación por lo oriental que va mucho más allá del periodo de la cultura europea que conocemos con este nombre. Así que recoge testimonios que van desde autores anteriores a Chateaubriand hasta personas que conocieron la Alhambra en tiempos de la Segunda República, tanto viajeros extranjeros como españoles y granadinos. El libro se aleja así del discurso his-

tórico para apostar por el literario; no es la ciudadela en continua transformación lo que vemos sino esas impresiones coincidentes que su arquitectura y su paisaje genera en personas tan distintas y distantes. Con habilidad la autora va enlazando el testimonio de un autor con el de otro escogiendo textos, muchos de gran fuerza literaria, que inciden sobre aspectos comunes. Estas evocaciones están estructuradas en cuatro grandes capítulos en los cuales los testimonios fluyen enlazando temas. Cada uno de estos capítulos tiene su correspondiente apéndice gráfico con una selección de imágenes del Archivo de la Alhambra reproducidas con el mismo esmero con el que está realizado todo el volumen.

A lo largo del libro Cristina Viñes apunta ideas y consideraciones muy diversas. Destacaré el acierto de su insistencia en el paisaje de Granada, hoy desgraciadamente tan castigado, pues fue un elemento crucial en la valoración de la Alhambra. Las montañas agrestes en contraste con la Vega fértil, el blanco de las cumbres de Sierra Nevada en una tierra cálida, la vegetación de intensos colores, la luz en la atmósfera saturada… son elementos sin los cuales es imposible comprender el impacto que ejerce la Alhambra y que nos permiten comprender su éxito frente al Alcázar de Sevilla que, encerrado en sus murallas, no se asoma a ningún paisaje pintoresco. De la misma manera se hecha de menos otro aspecto crucial, el de la capacidad de evocar episodios históricos mitificados (Abencerrajes, Boabdil…) que tiene la ciudadela sobre los viajeros estrictamente románticos. No obstante, otros muchos temas de interés se asoman a las páginas: las posadas de la ciudad en las que se alojan los viajeros, un tema poco estudiado sobre el que arroja luz; los depauperados habitantes de la ciudadela; el desproporcionado entusiasmo que despiertan las restauraciones de Rafael Contreras, etc.

En fin, un libro que pese a su erudición, está esencialmente dirigido a un público amplio. De ahí que no tenga las notas, la estructura temática o la periodización propias de un trabajo académico, pero sí un oportuno diccionario de personajes al que puede acudir el que desee situar a cada quién en su tiempo.

JUAN MANUEL BARRIOS ROZÚA